

LA revista "Indice" ha evocado el espíritu de los hombres que en 1812 formaron las Cortes de Cádiz e iniciaron el período constitucional.

A siglo y medio de esa época, lo que más puede llamarnos la atención es la fe ilimitada de aquellos hombres en el poder de la razón como rectora de la vida y en los frutos de bienandanza y de justicia que de su dominio exclusivo habrían de nacer para la Humanidad. En esa evocación se patentiza la influencia que sobre tal espíritu y sobre su realización gaditana tuvieron las pretensiones "regeneradoras" de Napoleón, el gran universalizador del espíritu revolucionario francés.

La Revolución francesa, como producto cultural, vino a ser el intento audaz de constituir el mecanismo perfecto del mundo de los hombres sobre la sola base de la Razón, con exclusión de cualquier otro fundamento trascendente-religioso o histórico. Su gran anhelo fué constituir una nueva sociedad racional mediante una Asamblea Constituyente que representase a la Voluntad General y dictase una Constitución sabia y definitiva.

El gran teórico de este racionalismo ingenuo, cuya crisis vivimos hoy de modo harto dramático, fué el inglés Jeremías Bentham, fundador de aquel curioso intento de racionalizar y despojar a la moral de toda instancia superior, intento que se llamó Utilitarismo. Con el optimismo de la época, Bentham supuso que había llegado para la Humanidad el momento de romper con el pasado y organizarse de un modo racional y, en cierto modo, atemporal. En la ética utilitaria desaparece toda norma o voluntad superior, todo misterio y toda tensión o lucha interna: el hombre, naturalmente bueno por principio, apetece, por principio también, el placer, el verdadero y sano placer. Ser moral—poseer la virtud básica de la *prudencia*—consiste simplemente en aplicar con facilidad, de un golpe de vista, la "aritmética de los placeres", en la que éstos se jerarquizan atendiendo a su intensidad, duración, consecuencias, etc. Esta virtud de la prudencia se complementa, en su sistema, con la *benevolencia*, que desea el bien del mayor número. Dickens realizó una cariñosa caricatura del utilitarista inglés en la figura de Mr. Pickwick, el "filantrópico observador de la naturaleza humana", que gozaba con la satisfacción de los demás.

Jeremías Bentham fué, precisamente, el más destacado doctrinario liberal de la época, al que los países americanos, que a la sazón se constituían en "pueblos libres y democráticos", solicitaban *Constituciones políticas*—Códigos racionales para su gobierno—, que él se apresuraba a redactar con el perfecto apriorismo de

EL ESPIRITU DE 1812 Y EL DE SUS BISNIETOS

Por Rafael GAMBRA

Catedrático de Filosofía.

un racionalista, sin moverse de Inglaterra. El mismo se ofreció a las Cortes españolas para redactar un completo Código de leyes, en carta que fué leída en la se-

sión del 20 de octubre de 1820. Al final de su vida escribió un ensayo sobre la revolución española de 1820, y el proyecto de Código legal, bajo el título de "Ensayo sobre la situación política de España", publicado en 1823.

Es curioso observar en este pequeño tratado, como, en general, en la historiografía de esa época, cómo el dictado con que más frecuentemente se califica a la oposición religiosa o realista es el de "fuerzas de la arbitrariedad y la ignorancia". Lafuente, en su "Historia", califica a los Ejércitos realistas (precursores de los carlistas) de "ignorantes hordas", y el conde de Toreno, con su desdén de aristócrata ilustrado, nos habla de una *singular demagogia*, expresando así su sorpresa ante la existencia de gentes que se opusieran, en nombre de su fe o de sus costumbres, a una estructuración racional y nueva de la nación; es decir, a una Constitución filantrópica que fundamentaría, por los siglos, la libertad y felicidad de todos. Es la misma admiración, tantas veces mostrada por Napoleón, ante el hecho de que los pueblos se alzasen, bajo su bandera histórica, contra el imperio que instauraría universalmente la Razón y la Libertad. Así también, la orden para reimprimir la Constitución de 1812 apoyaba tal decisión en "la necesidad de defenderla contra los ataques de la ignorancia y la malicia", y el retrato de Riego que los liberales pasearon procesionalmente por las calles de Madrid el 18 de septiembre de 1821 lo presenta "con la Constitución en una mano y apartando con la otra los monstruos de la ignorancia y el despotismo".

Sus autores, en cambio, forman a sus propios ojos el mundo de la *Ilustración* y de las *Luces*. Para ellos, la resistencia española de la época respondía a las fuerzas oscuras de lo irracional; era como el lastre que la tradición, la historia y la rutina oponían a la luz de la Razón, la inercia contra su acción revolucionaria y estructuradora.

Hoy ve el mundo las cosas de otro modo. El irracional ha refoñado de entre la académica geometría del constitucionalismo liberal. Pero no es ya un irracional apoyado en la fe o leal hacia un pasado, sino un irracional puramente práctico, orientado hacia la eficacia. No hace mucho leía, resucitando a Hobbes, que el Derecho y el Estado son "lo que pone fin a una guerra civil" y que se justifica solamente por sus realizaciones de dominio y unificación. ¿Qué dirían de sus hijos aquellos metódicos doceañistas!